

momentos á flote en medio del charco, y sus verdugos, suponiéndolo ahogado, desaparecieron de allí.

El Sr. Bobadilla aprovechó esta circunstancia, y saliendo del baño que contra su gusto había recibido, huyó sin siquiera volver á su casa, á carrera abierta en dirección al puerto más cercano. Llegó á Mazatlán casi sin aliento, tal había sido la carrera; no paró hasta el muelle, donde tomando una canoa se encaminó al primer buque que halló á mano.

El capitán le dijo que iba á China; pero esto no lo desanimó.

—Si va vd. al infierno—dijo Bobadilla—allá lléveme vd.—y cayó sobre cubierta atacado de intensísima fiebre.

En medio del delirio que empezó en alta mar, murmuró estas palabras entrecortadas:

—México.....Mensaje presidencial.....  
Ferrocarriles.....Telégrafos.....Minas de  
oro y plata.....Balandrano.....Pasalagua  
.....Miravete.

El infeliz murió á poco y fué á servir de alimento á los peces.



---

## LA BATALLA DE TABALAOPA.

(A la memoria de Eugenio S. Cintrón).

### I.

LA mano tiembla, y el corazón conmovido late al evocar el amarguísimo recuerdo de tu trágico fin ¡oh leal y caro amigo!

En más felices días y en muy lejanas tierras, el destino nos encadenó con los estrechos lazos de la amistad y del sentimiento.

Después, el ciego acaso nos separó, como separa y destroza el huracán las hojas de los árboles.....

Tú caíste, la frente ensangrentada, en medio de la horrible lucha, cuando el porvenir te habría sus do-

radas puertas y la juventud te sonreía; cuando llevabas en el cerebro un hirviente oceano de luminosas ideas y en el corazón el supremo goce de un tierno amor correspondido.....

Yo fui azotado por el infortunio, y la calumnia hincó en mí sus alevosos dientes con indecible furia.....

Tú al trasponer los negros umbrales del sepulcro, te remontaste hacia esos mundos de luz donde sin duda no existen las ruines pasiones, ni las asquerosas miserias humanas.

Yo lucho aún, á semejanza de la barca que desmantelada por la tempestad, sola, en medio de la inmensa llanura de los mares, sirve nada más de juguete á las traidoras olas.

¡Oh! cómo te envidio!.....

## II.

Eugenio Cintrón era aun muy joven; contaba apenas veinte años de edad, cuando salió de su ciudad natal (San Juan de Puerto Rico), dirigiéndose á Nueva York en busca de mejor porvenir y de más amplios horizontes.

Había recibido completa y exquisita educación, y para sus pocos años poseía instrucción vasta.

Dotado de fecundísima imaginación y asombrosa memoria, poseía como pocos esa facultad de asimilación

de ideas, de idiomas y conocimientos disímbolos, que hace que un hombre se distinga en todas partes donde hay un auditorio ilustrado que lo escuche.

Cuando hablaba en público estaba siempre seguro de arancar aplausos, por la oportunidad de su ideas y la entonación verdaderamente demosteniana de sus discursos.

De figura simpática y de trato fino y afable á la vez que festivo, era por todos estimado y no había reunión que él no animara.

¡Con cuántas bellas dotes lo enriqueció la Naturaleza!

Dos años permaneció en Nueva York, desempeñando el empleo de tenedor de libros en una casa de comercio, donde habiendo conocido á un comerciante de Chihuahua, el Sr. Maceyra, se determinó á pasar con él á esta última ciudad, á la que llegó al comenzar el año de 1867.

Desde que pisó el territorio mexicano, lo amó como á su misma patria. Luchó en la prensa contra ciertos abusos y por la conquista de algunos principios de importancia vital para el Estado en que vivía. Derramó los conocimientos que poseía fundando un colegio que dirigió personalmente, con entera satisfacción de aquella culta sociedad; procuró, en fin, por cuantos medios estuvieron á su alcance, el engrandecimiento de su patria adoptiva.

Cuando terminadas las fatigas del día, nos reuníamos Eugenio y yo durante las heladas noches del Norte, al dulce calor de la chimenea, á conversar alegre-

mente, ¡cuán bellos sentimientos y cuántas ideas elevadas descubría en él!

Cierto día que, como de costumbre, nos habíamos reunido á charlar, me dijo enseñándome una carta:

—Estoy triste, compañero; he recibido ésta de Puerto Rico y mi hermano Marcelino me dice en ella que desapruera absolutamente mi venida á México: que mi madre con mi familia toda está intranquila por mi suerte: que México es un país de revoltosos donde no hay ningunas garantías; en una palabra, que temen por mi vida.—Ve vd.—añadió con sincero disgusto,—cómo influyen hasta en mi familia, las herróneas especies que sobre este desdichado país circulan en el extranjero. Mañana mismo contesto tan groseras calumnias. Diré á mi hermano que México no tiene más crimen que anhelar con todas sus fuerzas el ponerse á la altura de las naciones más civilizadas; que en lugar de ogros que me devoren, he tenido la fortuna de encontrar amigos tan leales como vd., y un corazón que late unísono con el mío; y ya que evocamos tan dulce recuerdo, ¡hurra! brindemos por ella, porque muy pronto desaparezca la distancia que de ella me separa; añadió levantando un vaso de cerveza y entonando con robusta voz el brindis de Traviata.

Esta brusca transición, esta mezcla de pensamientos serios y de ideas alegres, que frecuentemente usaba con exquisita oportunidad en el seno de la confianza; este tono ligero y jovial, hacían su conversación entretenida y chispeante.

¡Quién nos hubiera dicho entonces, que los temores manifestados por su familia eran una verdadera profecía que no muy tarde debería cumplirse!

En otra vez recibió la fatal noticia de que su madre estaba cegando. Su pesar fué intensísimo y al leerme la carta, sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Soy un mal hijo,—prorrumpía con desesperación,—yo debería estar allí para darle el consuelo de que me viera por la última vez; é inspirándose en tan elevados sentimientos, escribía estos tiernísimos versos:

Quisiera cual la tierna golondrina  
Poder cruzar por la región vacía;  
Envidio la corriente cristalina  
Que muere á orillas de la mar bravía.  
Envidio al pez, que á su mansión salada  
Límite no conoce, y cruza ufano,  
Fijando á su capricho su morada  
Del Pacífico al Golfo mexicano.  
Tengo envidia al condór, rey del espacio  
Que al remontarse en atrevido vuelo  
Suya es la inmensidad, y á su palacio  
Sirve de techo el azulado cielo.  
Que á tener uno solo de estos dones  
El mar, la tierra, el aire cruzaría,  
Y al punto abandonando estas regiones  
A tu seno volara, madre mía!

Hacia mucho tiempo que su corazón alimentaba un amor tan grande como él sólo era capaz de comprenderlo y sentirlo.

Como todo el que ama verdaderamente, Eugenio era á veces presa de la duda, del horrible temor de que su pasión no fuese estimada ó dignamente correspondida: otras se sentía henchido de esperanzas y felicidad.

Alejados el uno del otro, por asuntos personales y en la necesidad, creada en fuerza del hábito, de comunicarnos mutuamente nuestros ensueños ó nuestros pesares, sosteníamos animada y on interrumpida correspondencia. Hé aquí como me hacía sus cofidencias íntimas:

“Late el corazón, circula con rapidez la sangre en mis venas. Vierte la luna sus pálidos reflejos, y el aire tibio de la noche al bañar mi frente infunde cierto tinte de melancolía á las ideas que empiezan á bullir en mi cerebro.

“Camino, paso de preocupación, frente inclinada, mirada baja.

“Comprended en esto que asisto á una serenata y que ella no está allí.

“Luego se agita el corazón, se afirma el paso, se alza la frente, la mirada brilla. Llegó..... la he visto.

“De repente un golpe eléctrico me conmueve, mi imaginación vuela á los espacios del ideal y una felicidad inmensa llena mi ser. He pasado junto á ella, su mano y la mía, en una de esas ondulaciones que causa la multitud apiñada, se han tocado, su mirada pura se ha fijado en mí y sus nacarados labios han dibujado una sonrisa. A poco la armonía de la música no hacía eco en mis oídos, “veía sin ver” los bultos que pasaban

á mi lado, estaba casi poseído de un vértigo; me detenía junto á ella, su voz se dirigía á mí.

“Era tarde, iba preocupado con un solo pensamiento, la llevaba á su casa, aquella hora de dicha suprema pasaba para mí con la velocidad del relámpago. Lleno el corazón de emociones retireme á mi estancia pensando en ella, en Dios y en mi madre, seres todos que sentía influir en mis pensamientos del momento, pero velados á mi vista por la distancia, y la distancia es á veces la eternidad!”

En los momentos de esa horrible lucha que el corazón sostiene con las realidades de la vida; cuando sólo y consigo mismo procuraba sondear el profundo abismo de la duda, comunicábame así sus vacilaciones y sus esperanzas:

“La luna ha mostrado su argentado disco, disipadas las nubes que amenazaban sepultarnos en el líquido elemento que de ellas partía; el cielo ha vuelto á su antiguo azul, y las estrellas lo matizan con su fulgor.

“La música ha dado al aire sus melodías, invitando á la concurrencia á la plaza de la Constitución, donde lucían su airoso talle las hermosas chihuahuenses, y yo, melancólico, vagaba porque sabía que de todos aquellos corazones ninguno correspondía á los latidos del mío, que ninguna de aquellas miradas se fijarían en mí sino al acaso é indiferentemente, que las sonrisas que dibujaban aquellos labios no estaban destinadas á alimentar la chispa que guarda el corazón, ni á alentar el ánimo en la lucha contra la muerte. Estaba sólo y sólo

lo he continuado por largos días, hasta que un encuentro fortuito, á fuerza de ser buscado por mí, vino á destruir la monotonía de quince, veinte ó más días de tristeza ó de fastidio; y aún después de un encuentro en que ni aun siquiera el eco perdido de una palabra llegaba á mis oídos, se elevaba poderosa la voz de la duda que preguntaba: ¿pensará en mí? El amor es, decididamente, el suplicio de Tántalo ó el de Prometeo; sed que nunca se satisface, duda que se destruye y que renace y que solo terminará el día en que pisando el templo de la felicidad, diga uno cual Gama al tocar la tierra que trataba de descubrir hacía tantos años: “Al fin es mía!” ¿Ese día llegará para mí?”

No debía llegar ¡oh amigo infortunado! Todo ese mundo de ensueños debía extinguirse al soplo de la fatalidad, como se extingue el fuego fátuo después de haber lanzado vívida luz.

Así tal vez lo presentías cuando exclamabas en los momentos en que el dolor te hería con su agudo dardo: “Nuevo Tántalo sediento de dicha, veo á mi lado el manantial purísimo de donde nace y mis labios no pueden tocarlo. ¡Felicidad, eres un sueño! ¡Porvenir, eres una quimera!

El objeto en quien había depositado su cariño y cifrado su porvenir no podía ser más digno. Era una bella joven que pertenecía á una de las más honorables familias de Chihuahua; modesta y virtuosa, adornada de relevantes cualidades, habría formado, sin duda, un cielo de su hogar.

Oigamos como la describe en fáciles é inspirados versos:

Eran rubios sus cabellos,  
Era su tez de carmín,  
Eran sus dientes de perlas  
Y sus labios de rubí.  
Su aliento, suave, aromado,  
Envidia daba al jazmín,  
Eran hermosos sus ojos,  
Era su talle gentil.  
Al verla entrar en la sala  
Aparición la creí,  
Tocaba apenas andando  
Su pie pequeño el tapiz;  
Mas luego pude en mi mano  
Su blanca mano oprimir,  
Y entrelazar con mi mano  
Su cinturita de hurí.  
De la danza al raudo giro  
Entre vueltas mil y mil  
Confundidos dulcemente  
Nuestros alientos sentí.  
A la luz de las bujías  
Su semblante juvenil  
Ostentaba sus hechizos,  
¡Cuán hermosa estaba así!  
Era tierna su mirada,  
Amoroso su reir;  
Que yo la amaba le dije,

Que ella me amaba la oí.  
Y algo sentí aca en el alma  
Que no puedo definir;  
Desde entonces estoy loco,  
Que de dicha enloquecí.  
¿Estoy despierto, ó es sueño?  
Si es sueño, quiero seguir  
En mi sueño eternamente,  
¡Es mi sueño tan feliz!!

¡¡Horrible debía ser el despertar!!

Cuando su inmenso amor había sido correspondido y aceptado, el cruel destino le arrebató la vida y con ella sus floridas ilusiones.

Narremos el sangriento drama.

### III.

El año de 1871, cansado el pueblo de los abusos del poder, se lanzó á la lucha para derrocar al Gobierno existente que propendía á perpetuarse, convirtiendo en patrimonio de unos pocos el legado que á costa de su sangre nos trasmitieran los Degollados, los Valles y los Ocampos.

Acaudillaba esta revolución el patriota General D. Porfirio Diaz, al que bien pronto siguieron varios jefes del ejército.

Entre éstos ocupaba lugar prominente por sus honrosos antecedentes y por su valor nunca desmentido, el General Donato Guerra.

Conociendo este distinguido militar algunos de los Estados de la frontera, juzgó oportuno dirigirse hacia aquellos rumbos para encender el fuego de la revolución, sosteniendo desde luego algunos combates con éxito vario.

Una de las principales acciones que libró por aquellos terrenos, fué la que tuvo lugar á principios del mes de Agosto del año de 1872, en la Hacienda de Tabalaopa, distante apenas una legua de la ciudad de Chihuahua.

Dejaremos el relato de los principales sucesos de esta campaña al Sr. General Manuel Marquez de León, uno de los actores más prominentes de ella y á cuya amabilidad debemos los apuntes que siguen. Su voz es más autorizada que la nuestra:

“Habiéndome detenido, dice el valiente y ameritado General, unos días en Cerro-Gordo, para preparar mi viaje á la Laguna, llegó el General Donato Guerra algo abatido por su derrota en la Calera, y me suplicó que no le abandonase.....

“Dos días después se nos habian reunido, el General Juan E. Guerra con una sección de tropa, el General José Palacios con otra que se componía de los restos del Batallón “Rifleros de Mazatlán” que mandaba el Coronel Clodomiro Cotá, y los del Batallón “Victoria” al mando del Coronel Cleofas Salmón. Toda esta fuer-

za reunida no llegaba á ochocientos hombres y se hallaba en estado deplorable.

“Para restablecer la moral de nuestros soldados, vestirlos y darles algún descanso, aconsejé al General Guerra que marcháramos á ocupar el Parral, donde proveyéndonos de lo que nos faltaba, pudiéramos marchar á Chihuahua.

“En pocos días nuestra fuerza aumentó á cerca de novecientos hombres, bien equipados, municionados y en perfecto estado de moralidad.

“Nos movimos sobre Santa Rosalía y en el camino supimos que la plaza había sido ocupada por el Gobernador D. Luis Terrazas con más de dos mil hombres. Este movimiento estaba previsto por mí y con anticipación había indicado al General Guerra la maniobra que convenía ejecutar.

“Llamé la atención del enemigo frente á Santa Rosalía, con una parte de nuestra fuerza, mientras que el resto se dirigía al pueblo de Conchos, sin que se maliciara nuestro plan.

“Mi objeto era obligar á Terrazas á librar una batalla en campo raso, que parecía fácil ganar supliendo nuestra inferioridad numérica con la ventaja que llevábamos en disciplina.

“Dos días después de haber ocupado Chihuahua se aproximó con sus fuerzas Terrazas y salimos inmediatamente á encontrarlo.

“En el rancho de Avalos tuvimos una junta de guerra y los señores Generales Donato y Juan E. Guerra

Los Generales Márquez de León y Donato Guerra, se multiplicaban sosteniendo el combate por todas partes y animando á los suyos con el ejemplo de su valor: todos peleaban sin desmayar ni retroceder; todos cumplían dignamente con su deber.

No debía, sin embargo, prolongarse mucho aquella lucha.

La previsión del General Márquez comenzó á cumplirse.

La disciplina y la pericia militar, suplían la inferioridad numérica.

Bien pronto los bisoños soldados del General Terrazas, careciendo de jefes entendidos ya que no de valor, comenzaron á perder terreno. La retirada comenzó. Pero no era aquella una retirada conforme á las reglas del arte: era una huida tumultuosa en la que cada quien poseído de pánico, procuraba salvarse. En medio de aquel desbandamiento general solo un grupo quedó firme en su puesto, sosteniendo el combate.

Este grupo estaba formado por los “indios tejoloches,” los mejores tiradores del Estado, á cuya cabeza estaba Eugenio S. Cintrón.

No quedando ya más combatientes en el campo, el General Guerra concentró toda su fuerza sobre aquel grupo de valientes.

—¡Rendíos!—les gritaban á la vez que formaban á su alrededor como un círculo de hierro.

—¡Moriremos antes!—respondía Cintrón.

Pero aquello no podía ser más que cuestión de tiem-

po. El círculo se fué estrechando más y más. El reducido espacio en que los indios se habían hecho fuertes parapetándose tras de una cerca de piedra, y el cual habían defendido con bravura inaudita, perdiéndolo y reconquistándolo por tres veces consecutivas, se había cubierto de cadáveres. Al fin, los pocos que sobrevivían procuraron salvarse.

Entonces Eugenio avanzó acercándose más á los enemigos: no le quedaba más que su espada, que aun empuñaba.

—¡La espada!—le gritó uno acercándosele.

—Tomadla,—le dijo partiéndola en dos y arrojándola al suelo á los piés del caballo del contrario.

Entonces éste descargó un sablazo sobre él, dejándolo mortalmente herido.

¡El rudo sable de un soldado, había abierto aquel cráneo donde bullía un mundo de ideas!.....

También Arquímedes, algunos siglos antes, había sido muerto por un soldado ébrio en el sitio de Siracusa. ¡Amargas ironías del destino!

Algunas horas antes de que aquel joven exhalara allí el último suspiro, al despedirse de su amada le había dicho: “Voy á combatir al lado de tu padre, al que ya respeto como al mío. Volveré triunfante con él ó moriré luchando.”

Había cumplido su palabra.

Los vencedores entraron en Chihuahua conduciendo el cadáver de Eugenio S. Cintrón.

El General Guerra, profundamente conmovido, le mandó hacer los funerales de Ordenanza, y toda la ciudad vistió luto como si hubiese muerto uno de sus más grandes patricios.

Después, muy frecuentemente, al caer la tarde, cuando las sombras de la noche iban invadiendo el triste recinto del cementerio, aparecía una joven cubierto el rostro de tupido velo, y arrodillándose cerca del sepulcro de Eugenio, derramaba abundantes lágrimas y depositaba allí, con mano temblorosa, un fresco ramillete de madre selvas y siemprevivas.

